

Enseñándole a Sus Hijos a Vivir en el Pacto de Dios

Walter y Megan Lindsay
Marzo, 2003

Una parte dominante de la vida familiar es enseñarles a los hijos de uno. Los imperativos de la Escritura así lo requieren; las promesas son para nosotros y para nuestros hijos. Las demandas de enseñar a nuestros hijos son demasiado importantes como para que nuestros hijos no dominen la vida familiar. Y el Señor así nos lo dice:

Oye, Israel: Jehová nuestro Dios, Jehová uno es. Y amarás a Jehová tu Dios de todo tu corazón, y de toda tu alma, y con todas tus fuerzas. Y estas palabras que yo te mando hoy, estarán sobre tu corazón; y las repetirás a tus hijos, y hablarás de ellas estando en tu casa, y andando por el camino, y al acostarte, y cuando te levantes. Y las atarás como una señal en tu mano, y estarán como frontales entre tus ojos; y las escribirás en los postes de tu casa, y en tus puertas. (*Deut. 6:4-9*).

En este pasaje Dios nos provee a los padres directrices muy específicas y concretas respecto a cómo hemos de entrenar a nuestros hijos a amarle a Él. Él no nos dice que les enseñemos a “conocerlo” a través de la detallada teología sistemática, o a “amarle” a través de sentimientos confusos y “acaramelados” y canciones sensibleras de “Jesús me Ama.” Más bien, a lo largo de Deuteronomio Él nos dice que hemos de enseñarles a nuestros hijos a observar Sus mandamientos para que ellos les enseñen a sus hijos a hacer lo mismo. Amar a Dios, conocerle, depende de saber y hacer lo que Él requiere. El amar y conocer a Dios es fundamentalmente algo pactal (*e.g., Deut. 5:10; 7:9; Dan. 9:4; Jn. 17:3, 26*), y hemos de enseñarles a nuestros hijos como vivir según ese magnífico pacto.

Desdichadamente, se ha vuelto demasiado fácil para los padres olvidar el significado de este mandamiento, gracias a los vestigios del racionalismo de la Ilustración y al Romanticismo que prevalecen en el pensamiento moderno. El racionalismo y el romanticismo, durante el siglo 18, buscaron separar en el hombre lo que Dios no había separado, a saber, su intelecto, las emociones y la voluntad, y luego redefinir lo que Dios ya había definido. El conocimiento y el amor, tanto el de Dios como el del hombre, fueron separados en dos categorías independientes, uno racional y el otro emocional, y fueron redefinidos, dándole el poder de Dios al hombre.

Categorías y Redefiniciones Falsas

Cada vez que el hombre intenta redefinir lo que Dios ya ha definido, el resultado es muy, muy desordenado. Dios nos dice cuán íntimamente relacionado está el amor con conocerle a Él y servirle, en el hecho que se derivan de Él y de Su amor por Su creación. No obstante, tanto el movimiento de la Ilustración como el del Romanticismo buscaron erradicar a Dios de la Creación, y así el mundo se tornó impersonal y sin propósito. El racionalismo de la ilustración definía el conocimiento como un acto de contemplación, un ejercicio puramente racional del intelecto infalible del hombre para gobernar una creación mecanicista. Y el Romanticismo definió el amor como una emoción, manipulada por la voluntad del hombre y experimentado sin ninguna referencia al valor o al significado.

Esto ha tenido efectos malignos en la vida diaria del hombre. Por lo tanto, un padre que le enseñara a sus hijos un amor romántico les estaría enseñando que el amor es algo sin significado.

Y un padre que les enseñara a sus hijos un conocimiento racionalista solamente les enseñaría que el conocimiento era imposible, y que la vida no tiene sentido.

Aunque tanto el Romanticismo como el racionalismo de la Ilustración tomaron prestado del pensamiento Griego, cada uno tuvo también su influencia particular sobre el moderno pensamiento Occidental. El pensamiento de la Ilustración había sido edificado sobre el legado de la revolución científica del siglo 17, en el cual la ciencia racional, y la habilidad del hombre para comprender y controlar la creación por medio de ella, fue elevada como la clave para conocer el mundo natural. Para el siglo 18 la Ilustración le había puesto carne a los huesos de esta idea, y había creado una cultura de la transformación.

Según el racionalismo la habilidad del hombre para conocer la verdad yace completamente en su mente, y era su responsabilidad catalogar la vida con su mente, lo mismo que asignarle significado. Estas aclamadas responsabilidades, claro está, afectaron grandemente su vida cotidiana. Cómo los esposos amaban a sus esposas; cómo las madres disciplinaban a sus hijos; cómo los hombres hacían leyes y los gobiernos administraban justicia; cómo los ministros predicaban la Palabra – las leyes impersonales de la naturaleza y el poder del hombre para manipular aquellas leyes lo gobernaban todo. El hombre, y su universo mecanizado, no necesitaban ningún Padre, Hijo o Espíritu Santo para crearle y sustentarle por el poder y consejo de Su voluntad. Sin un propósito o meta para la existencia continua, el mundo del hombre se convirtió en un mundo desesperado y horrible.

No se requirió de mucho tiempo para que algunas de las grotescas consecuencias del racionalismo se hicieran evidentes. La cultura de la Ilustración había reducido al hombre y a la creación en un fenómeno completamente carente de belleza y nobleza, sin personalidad o propósito. Sin embargo, el humanismo no se daría por vencido tan fácilmente, y a la racionalidad se le dio una nueva cara.

Según el Romanticismo el intelecto del hombre aún era capaz de comprender verdades respecto al universo físico, pero era su voluntad la que lo capacitaba para liberarse de sus restricciones. Las experiencias del hombre le daban significado a la realidad, y legitimaban sus emociones, sus habilidades creativas y su alma. Él era su propio Dios, y la creación encontraba propósito solamente en sus augurios subjetivos. Y mientras buscaba liberar a la sociedad de la opresión, las familias, las iglesias y los gobiernos se desintegraban en el sin sentido de su programa. El pensamiento romántico buscaba liberar al hombre de las cadenas del racionalismo intelectual, pero en lugar de ello le ataba al caos. Ni el racionalismo de la Ilustración ni el Romanticismo podían darle propósito o significado a la vida, y de este modo los padres que rechazaban la orden de Dios inevitablemente se encontraban enseñándoles a sus hijos lo mismo.

Enseñanza con Recelo

El racionalismo de la Ilustración y el Romanticismo habían pervertido, ciertamente, el entendimiento del hombre, y el compromiso, de enseñar a nuestros hijos, y desdichadamente esto es verdad incluso en la familia Cristiana. Un padre que le enseña a su hijo a amar al Señor con un sesgo de la Ilustración va a enfatizar la “religión de la cabeza,” la educación en doctrina o teología, como la manera primaria para crecer en el conocimiento de Dios. Y un padre con una inclinación Romántica va a enfatizar, en lugar de lo primero, la “religión del corazón,” la emoción y el experimentar a Cristo. Algunos padres incluso enfatizan ambas, como si la meta de la vida Cristiana fuese un acto de equilibrio entre las dos. Pero la Escritura no tolera ninguna

visión que coloque al hombre en el lugar de Dios.

Así que, ¿cómo reorientan los padres su pensamiento para que puedan enseñarles a sus hijos fielmente? Pablo describe que somos transformados por la renovación de nuestras mentes, y que a medida que nuestras vidas sean transformadas vamos a comprobar que los mandamientos de Dios son perfectos (*Rom. 12:2*). Nosotros los padres hemos de aprender primero los caminos y leyes de Dios. Como Deuteronomio 6:1 indica, Moisés había de *lamad*, o enseñar, a los Israelitas los mandamientos del Señor para que los obedecieran a través de las generaciones. La palabra Hebrea *lamad* literalmente quiere decir “ejercitar en, aprender,” y esto ilustra la conexión esencial entre la enseñanza, el aprendizaje y el obedecer. Matthew Henry describe el proceso de enseñarles a nuestros hijos como “la repetición frecuente de estas cosas a ellos, tratando todas las maneras de inculcarles en sus mentes, y hacer que se incrusten en sus corazones; como al afilar un cuchillo, que se voltea primero a un lado y luego al otro.”

Las promesas por la fidelidad son grandes, pero nuestros problemas también son grandes. Un enemigo ha sembrado cizaña entre el campo que hemos cultivado (*Mat. 13:24-30*), y es difícil evitar los espíritus racionalistas y Románticos de nuestra era. Jesús ordenó, “He aquí, yo os envío como a ovejas en medio de lobos; sed, pues, prudentes como serpientes, y sencillos como palomas” (*Mat. 10:16*). Los padres deben estar continuamente en guardia para enseñarles a sus hijos que mientras los Cristianos puede que compartan metas similares con algunos humanistas (por ejemplo, los conservadores seculares), sus compromisos nunca son los mismos. Los argumentos relacionados con el aborto son un buen ejemplo.

El argumento secular de pro-vida – que toda la vida es inherentemente valiosa, y que el dolor que siente un feto es evidencia de ese valor – es un hijastro moderno del Romanticismo. Los padres Cristianos deben enseñarle a sus hijos que no toda la vida es igualmente valiosa; de otra manera no podríamos sostener la pena de muerte. Y aunque puede que lloremos por el niño no nacido, las experiencias no le otorgan valor a la existencia. Los padres Cristianos deben ser sabios para facilitar argumentos sólidos que les ayuden a sus hijos a crecer en amor para el Señor.

A medida que aprendemos las leyes y los caminos de Dios debiésemos esperar no solamente que el contenido de nuestra enseñanza cambie, sino también que veamos y pensemos de nuevas maneras (*Rom. 12:2; 2 Tim. 3:16, 17*), e incluso la manera en que pensamos respecto a nuestros hijos. Por ejemplo, algunos padres, al ver los primeros pasos de sus hijos, se hacen ilusiones con el conocimiento de que su DNA contenía el código que hizo que su cuerpo construyera los sistemas esquelético, muscular y neurológico que le hicieron capaz de caminar – todo ellos mecanismos descritos por el conocimiento impersonal y sin sentido del hombre.

La reacción Romántica es casi tan mala: Se piensa que la inocencia de un niño es tan preciosa que ver sus primeros pasos llega a ser una experiencia casi divina. A medida que la inocencia va dando lugar a la vida adulta, los padres se lamentan que “su pequeño bebé está creciendo.” Los Cristianos debiesen estar en guardia contra estas tendencias tentadoras. Debiésemos permanecer asombrados de que el mismo Dios que está preparando toda la creación para recibirle plenamente en gloria, está preparando a sus hijos, sus cuerpos incluidos, para ese mismo propósito. Y en cada nueva etapa sus hijos revelan la imagen de Dios con una mayor plenitud para su gloria.

Enseñanza Fuerte

Nosotros los padres debemos enseñarles a nuestros hijos cuando nos sentamos en el hogar,

cuando caminamos por la ciudad, cuando vamos a acostarnos, y cuando nos levantamos en la mañana. La instrucción literalmente asume todas las formas posibles, desde lo monumental hasta lo mundano. Y no obstante algunas oportunidades para enseñar a nuestros pequeños y a nuestros jóvenes son tan esenciales que perderse esas oportunidades es como dejar a nuestros hijos abandonados ante los lobos del mundo. Catequizar es una de esas oportunidades. Ningún catecismo es infalible, o abarca completamente la Palabra de Dios (*Rom. 11:33*). Sin embargo, los catecismos Reformados son herramientas excelentes para grabar en los corazones de nuestros niños las doctrinas de la Escritura.

Tanto el catecismo de Westminster, como el Catecismo de Heidelberg, comienzan con preguntas que no solamente establecen el propósito y el significado del niño, sino que también le recuerdan las gloriosas bendiciones de su identidad en Cristo. Si tratamos la doctrina como un sinónimo de fe, entonces el racionalismo de la Ilustración se ha convertido en un huésped bienvenido en nuestros hogares. Sin embargo, si les enseñamos a nuestros hijos la doctrina correcta como un ingrediente necesario para la obediencia amorosa, entonces el catequizarles va a alimentar el amor por el Señor de nuestros hijos.

La adoración en familia es otra manera importante para que los padres enseñen a sus hijos. Hasta un niño pequeño puede darse cuenta si la Escritura es leída con deleite, y leerles de esa manera establece un fundamento de conocimiento que opera en contra de las ideas mundanas. La oración frecuente les enseña a los niños que el de ellos es el Dios viviente, quien opera a cada momento en amor por el bien de Sus amados y Su gloria. Y a medida que traemos los eventos del día y del mundo a los pies de la cruz, les ayudamos a nuestros hijos a examinarlos a la luz de la Escritura y de los propósitos de Dios. El cantar salmos e himnos en la adoración le enseña a los niños que la verdad nunca es seca o maniática, sino llena de gozo y de belleza, y está diseñada para iluminar nuestras mentes y llenar de alegría nuestros sentidos. A través de la adoración en familia buscamos llenar las mentes y los corazones de nuestros hijos con la verdad, y mostrarles que la obediencia a los mandamientos de Dios es el único camino para conocer y amar esa verdad.

De manera similar, la comunidad pactal que escogemos para nuestras familias forma profundamente las ideas que nuestros hijos tienen respecto a amar al Señor. Una iglesia cuya adoración tiene más parecido a un funeral que a una ceremonia de bodas, cuyos sermones son ortodoxia muerta y sistemas teológicos, harán poco para proteger al rebaño de las presiones del racionalismo de la Ilustración o de una reacción Romántica. Y una iglesia que enfatiza la calidez de estar “tirado en el Espíritu,” cuyos sermones meramente calientan el corazón, solamente estimulará el Romanticismo en los corazones del pueblo de Dios.

Sin embargo, si nuestros hijos pertenecen a una iglesia donde la belleza y la gloria son manifiestas en la liturgia (*Éxo. 28:2, 40*), donde la Palabra es predicada fielmente para transformar las vidas de la comunidad (*Heb. 4:1-3*), y la tradición piadosa sirve como un recordatorio de la obra de Dios en la historia, pasada, presente y futura (*Josué 4*), serán alimentados en una fe que busca verdaderamente amar al Señor en obediencia. La iglesia es la novia de Cristo, y hemos de reflejar su gloria. Al mismo tiempo, ella es nuestra madre (*Gál. 4:26; Apoc. 21:9, 10*), y no podemos entrenar a nuestros hijos aparte de la gloria de Su novia o el cuidado de nuestra madre.

Y Éstas También Las Pasarás

El entrenar a nuestros hijos a pensar fielmente sus pensamientos según el orden de Dios, a amar

Sus definiciones y Sus mandamientos, siempre será una tarea de enormes proporciones en tanto que el pecado se halle en el mundo. Gracias a Dios sabemos que esta batalla no durará para siempre. El Señor de la cosecha sabe que nosotros y nuestra era estamos infestados con cizaña (*Mat. 13:24-30*), y que hoy caminamos entre la muy desagradable y alta cizaña del racionalismo de la Ilustración y el Romanticismo.

Aunque debemos ser sabios para con el mundo con el propósito de proteger a nuestros hijos de sus peligros, al mismo tiempo Dios no requiere que cada uno de nosotros pase noches cansadas estudiando el racionalismo de la Ilustración y el Romanticismo para poder desarraigarlos de las vidas de nuestros hijos. Nuestro llamado es a ir en pos de Él de manera que, en el curso natural de los eventos, Él va a debilitar las ideologías falsas que incluso los eruditos más preparados apenas las recordarán. Si nos esforzamos por enseñarles a nuestros hijos a conocer y a amar al Señor por medio de la obediencia a Él, y como enseñarles lo mismo a sus hijos, entonces, en la providencia de Dios, el racionalismo de la Ilustración, el Romanticismo, y todos los otros dioses falsos serán aplastados bajo la pisada de la obediencia fiel (*Sal. 110:1*). ¡Alabado sea el Señor!

Además de la carrera de ingeniería informática de Walter y la carrera como administradora del hogar de Megan, los Lindsays son editores auxiliares del Reporte Calcedonia. Recientemente se mudaron a Phoenix, Arizona, y son miembros de la Iglesia del Pacto Emmanuel. Hasta hoy han sido bendecidos con una hija, Maggie, y otra próxima a llegar en Mayo.